

aun cuando hubiera sido derribado, no se hubiese matado con él el orden y las instituciones que fundó. Las instituciones permanecen. La Francia, sobresaltada, pero enérgica; desolada, pero comprendiendo su interés y su fuerza, se hubiera levantado toda entera al nombre del heredero del trono. El Emperador puede perecer, pero su raza y su nombre no perecerán jamás.»

¿Diremos el efecto de esta acusación elocuente y luminosa? El abogado de otro tiempo tan brillante, tan dramático, no aparece en ella ni un solo instante; solo habla en ella el magistrado: la razón más elevada, la lógica más vigorosa, han reemplazado súbitamente á los recursos infinitos de emoción oratoria, empleados en otro tiempo por Chaix d'Est Ange.

Un defensor le sucede, honor también del foro francés; su palabra, elegante y precisa, ardiente y contenida, se ha elevado, hace algunos años, á las más altas cumbres de la elocuencia; y ninguno de nuestros maestros le aventajaría tal vez, si no se mezclara un grano amargo de sofisma en las aguas tan puras de su magestuosa palabra. Es *M. Julio Favre* que va á defender á Orsini. No cercenemos nada de este trozo, que es una obra maestra.

«Señores Jurados:

«Quisiera por un instante poder separar de mi alma las emociones dolorosas que la asedian, para rendir un público y sincero homenaje al orador eminente que acabais de oír. Ha ilustrado largo tiempo nuestro orden, donde su lugar ha quedado vacío, y donde el recuerdo de su persona permanecerá amado y respetado. Debía dar un gran brillo á las temibles funciones que ha aceptado y á que debía prestar una nueva autoridad el prestigio de su palabra.

«No necesitaba, señores, hacer ante vosotros ese llamamiento á la piedad que habeis oído, para que nos halláramos aquí todos poseídos de espanto y de terror al relato de la sangrienta tragedia que ha señalado la noche del 14 de enero, y antes de entrar aquí, todos los corazones estaban unánimes sobre el horror de aquellos hechos.

«Podemos diferir de opiniones el señor Procurador general y yo; pido permiso para no inclinarme ante los principios y ante los hombres que él defiende; pido permiso para conservar en mi corazón el depósito sagrado de mis impresiones y de mis creencias; el señor Procurador general sabe tan bien como yo que estas creencias no tienen por símbolo el asesinato y el puñal. Detesto la violencia, y condeno la fuerza cuando no se emplea en servicio de la ley. Si hubiera una nación bastante desgraciada para caer en poder de un déspota, no sería el puñal el que quebrara sus cadenas. Dios que las cuenta, sabe las horas de los déspotas, y les reserva catástrofes más inevitables que las máquinas de los conspiradores.

«Hé aquí, señores, hé aquí mi fé profunda, y sin embargo, cuando Orsini ha acudido á mi palabra, no le he rechazado. He comprendido la pesada carga que aceptaba, cuán inútil era la defensa, y no me he disimulado lo infructuoso de los esfuerzos que pudiera hacer ante vosotros.

«Todo esto se lo he dicho con franqueza, y con franqueza también, como lo hago aquí, le hice presente el horror que me inspiraba su crimen. Pero al mismo tiempo me conmovieron su desgracia, su constancia en el objeto que perseguía, su adhesión, los sacrificios de todo género que ha hecho por su patria. Yo le he dicho: Italiano, hijo de una patria oprimida por el extranjero, hubiera querido sufrir como vos, hubiera querido verter mi sangre por ella. Ofreced vuestra cabeza en holocausto á la sociedad que habeis ofendido, á la ley que habeis violado y desconocido. Vuestra vida va á desaparecer para expiar el crimen que habeis cometido. Iré con vos ante el Jurado, no para glorificar, sino para explicar vuestra conducta, para decir bajo el imperio de qué sentimientos habeis cometido ese acto que deploro y que condeno; iré para hacer lucir sobre vuestra alma inmortal que va á volver á Dios un rayo de esa verdad que podrá en el porvenir proteger y defender vuestra memoria.

«No me pertenece, señores, á mí que no tengo los privilegios de que se halla investido el señor Procurador general, rebuscar causas que hace tantos años, en nuestra perturbada sociedad, recuerdan tan frecuentemente crímenes semejantes. Y sin embargo, lo menos es que la sociedad, en el momento de herir á uno de sus miembros, pueda rebuscar el móvil y el interés de los crímenes para castigar.

«Sobre la cabeza de Orsini es, pues, donde va á estenderse mi mano, no para salvarle, no para defenderle, sino para explicar á qué funesto móvil ha cedido, y en fin, para despertar en vuestros corazones algunos de los sentimientos que existen en el mío.

«Diga lo que quiera el señor Procurador general, Orsini no ha cedido ni á un pensamiento de codicia, ni á ideas de ambición, y no ha obedecido á ningún sentimiento de odio. Cuando se ha hablado de todo eso, no se os ha hecho la historia de Orsini. Su vida entera protesta contra semejantes imputaciones. Italiano, ha luchado toda su vida contra la opresión de su patria por el extranjero. Recibió ese amor por la patria con la sangre de su padre; mamó con la leche de su madre los principios porque se ha sacrificado.

«Orsini, padre, sirvió en las filas de nuestros gloriosos ejércitos. Capitan en el gran ejército, siguió á la revolución francesa hasta las campañas heladas de la Rusia, y por todas partes, en todos los campos de batalla, mezcló su sangre á la de los soldados de la Francia. Cuando vió salir en Italia el último soldado de la causa italiana, metió de nuevo la espada en la vaina, y no debeis admiraros de encontrarle en seguida, como su hijo más tarde, en todas las conspiraciones que tenían por objeto la unidad y la independencia de Italia.

«Así es como en 1831 figuraba en la insurrección dirigida contra el Gobierno pontificio, en la cual uno de los principales conjurados caía bajo las balas de los esbirros de la autoridad.

«Félix Orsini tenía entonces doce años; vió aquello ¿y quereis que no haya sentido en el corazón un odio vivo, profundo é inflexible contra los opre-